



# SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 33.

JUEVES 13 DE OCTUBRE DE 1864.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.  
Se vende en los puntos de suscripcion.

Tomo III.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 15.—PROVINCIA UN AÑO 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO, un año 50 rs.

## SUMARIO.

LA AUTORIDAD EN TURQUÍA, por X. P. R.—LA ROSA ENTRE ZARZAS: novela, por Aureliano Ruiz.—VIAJES: Hungría.—EL BIEN Y LA VIRTUD: (páginas de mi diario), por Aureliano Ruiz.—LAS MARIPOSAS: á Concha, poesía, por José T. de Cuellar.—LA SALVACION DE UN BUQUE, por Francisca C. del Riego Pica.—MARTIRIO: (tradición toledana), por M. Seco y Shelly.—SACRIFICIO: poesía, por L. G. de Murcia.—UN DENTISTA: (del portugués), poesía.

## LA AUTORIDAD EN TURQUÍA.

En un pueblecillo de Turquía llamado Zeüg-Ayam murió un cadí que se había hecho célebre por la construcción de un carro mortuario monumental. El jefe de la provincia, el bajá de tres colas Xil-Ef, lo reemplazó inmediatamente por otro cadí (algunos etimologistas pretenden que las palabras españolas *alcalde*, *alcaldada*, vienen de la árabe *alcadi*) llamado Kal-Foo, á quien para mas comodidad, daremos su nombre primitivo que era simplemente Foo. El nuevo cadí, ahijado ó proveniente en línea recta, por su mujer, del bajá ó de la mujer del bajá, tenía tambien un grado en el ejército musulman. Sino me equivoco era bajá; pero bajá de una sola cola, y como en ese momento estaba medio pobre, traía como suele decirse regularmente, el rabo ó la cola, que es lo mismo, arrastrando. El pobre Foo no había sido dichoso antes de ser cadí, pues siempre le habían salido mal los negocios que había emprendido. En otros pueblecillos donde había vivido, se había hecho cargo de las cosas mas penosas, sin poder recoger fruto alguno. Había conducido por sí mismo carretas; puesto bazares; barrido las aceras; encendido los faroles; empedrado las calles; empapelado las casas; completado edificios faltos de letrinas de donde á no dudarlo, sacó el nombre de

Foo (1), etc., etc.) Es cierto que algunos mal intencionados lo acusaban de proceder con mala fe en los negocios, echándole en cara el poco aceite que ponía en las lámparas, por lo cual lo llamaban enemigo de las luces; mas él se sonreía, y replicaba que era porque prefería la claridad de la luna á la de los faroles: otros, pretendían que su objeto no había sido empedrar sino desempedrar, creyendo en la antigua fábula del país, que dice: «En Turquía no hay mas que bajarse y levantar una piedra para encontrar oro;» pero todo esto era pura calumnia, porque entonces Foo no era todavía musulman, sino judío, y la mejor prueba es que no se había enriquecido. El único negocio del cual había sacado algun provecho había sido el contrabando del opio, y con esto los títulos de cadí y bajá de una cola, fue con lo que llegó á Zeüg-Ayam.

Si hay un principio útil en este mundo, es el que consiste en hacer las cosas á tiempo: Foo se hizo musulman para ser cadí, y para hacer negocio se quedó judío. Fiel á su idea y apoyado en su autoridad, no quiso abandonar sus antiguas empresas, y en Zeüg-Ayam, como en los demás pueblos, empapeló y empasteló; empedró y apedreó; alumbró y deslumbró; carreteó y correteó; edificó y benefició, y barrió lindamente el bolsillo de sus administrados. Su gran secreto estuvo en comprender bien el precepto de Mahoma. «Los negocios son.... el dinero ageno.» El dinero ageno cayó en sus manos naturalmente y de la manera mas sencilla. Cadí Foo imaginó un sistema de suscripcion tan bien organizada, que no se había aun concluido una sin que otra empezase. Las necesidades de un pueblo como Zeüg-Ayam son grandes y multiplicadas. Zeüg-Ayam necesitaba:

¿Una fuente?—Suscripcion para beber.

¿Un mercado?—Suscripcion para comer.

(1) Al traductor de este cuento le ha llamado la atención el conocimiento que de la lengua castellana revela este mote del Cadí: Fó es la interjección.

¿Buenas calles?—Suscripcion para andar.

¿Un hospital?—Suscripcion para estarse quieto.

¿Faroles con aceite?—Suscripcion para velar.

¿Serenos vigilantes?—Suscripcion para dormir en paz.

¿Un teatro?—Suscripcion para reirse.

¿Un cementerio?—Suscripcion para llorar.

¿Fiestas del sultan?—Suscripcion para bailar.

¿Edificios faltos de letrina?...—Suscripcion para... mil necesidades.

De todas esas suscripciones, á las cuales solo los habitantes ignorantes se sometían con poca voluntad, y por las cuales todos los demás eran fanáticos, Cadí Foo manejaba los fondos con limpieza, aunque como dice un poeta ibero llamado Sancho Panza:

«De lo que las manos tocan  
Siempre algoito se les pega.»

Por lo demás, inútil y hasta peligroso hubiera sido resistir á la voluntad de Foo. Desde el principio encontró un medio poderoso de convencer á la gente, y que no lo comprometía. Si por casualidad sabía que algun zeüg-ayamita se quejaba, lo llamaba con amabilidad y lo remitía á Bajá-Padrino con una carta que decía:

«Bajá-Padrino, hijo de Allah: que el gran profeta Mahoma te dicte sabios consejos:

»Te remito al zeüg-ayamita N... que se queja de las suscripciones que yo mando y manejo. Con la finura que nadie se atrevería á negarte, y tu talento diplomático de persuasion, ante el cual todos nos inclinamos, tú no puedes menos de hacerle ver su error en un momento. Por lo demás, no debo dejarte ignorar que aquí pasa por partidario de los perros infieles y yo sospecho que se ha hecho quákero. Solo yo, guiado por los avisos del gran Xil-Ef, soy capaz de mantenerla siempre fiel á nuestras creencias.

¡Tu, ahijado en Allah!—Cadí Foo con esta cartita de recomendación; el zeüg-ayamita N...



estaba seguro de ser bien recibido. El bajá Xil-Ef que Foo no dejaba nunca de llamar grande, no era ni grande ni pequeño, ni claro de vista, ni ciego (á no ser con sus ahijados); ni paisano ni militar; ni calvo ni peludo; ni sucio ni limpio. En su tiempo debió ser muy buen hombre, y fuera del abuso del mando pudo ser despues un buen viejo con su fisonomía insignificante y su cabeza algo temblorosa bajo el peso de los años. Dicen que, viejo al fin, ya tenia miedo al diablo y á los quákeros, y de ahí su odio contra los perros inlieles. Su talento especial era el de persuadir; su gloria esencial, el ser muy fino y gran diplomático.—El zeüg-ayamita N... llegaba, y despues de haber esperado que leyese su carta de recomendacion, se presentaba.

XIL-EF. ¿Tú eres el zeüg-ayamita N?...

N. (*Inclinándose á la turca*). Si el gran bajá no manda otra cosa...

XIL-EF. ¿Tú no has querido contribuir para la suscripcion de los edificios faltos de ciertos requisitos?

N. (*Temblando*). Como yo no tenia por qué ir á esos lugares...

XIL-EF. (*Empieza á temblarle la cabeza*). ¿Tú no tenias!... y ¿tú no sabes que yo soy fino diplomático y que sé persuadir lo que se me antoja?

N. (*Atreviéndose á mirarlo*). ¿El gran bajá podrá persuadirme que tengo dinero sino lo tengo?

XIL-EF. (*El temblor de la cabeza aumenta*). ¡Miserable! ¿tú te atreves á hacerme una pregunta y á dudar de mi talento persuasivo? ¡Has de saber que, justa ó injusta, arbitraria ó no arbitraria, la orden de la autoridad debe ser obedecida! ¿Estás?

N. (*Temblando con todo el cuerpo*). ¡Sí, gran bajá, sí, yo lo sé!... (á media voz) aunque me parece un poco duro.

XIL-EF. (*Haciendo grandes esfuerzos para mantener serena la cabeza, que se le balanceaba cada vez con mas fuerza*). —¡Perro infiel! ¡Todavía no estás persuadido! ¿No ves desde aquí aquella punta de platina encima del castillo? pues es un para-rayos; de lo mas alto de esa punta, cuarenta minutos de suplicio te contemplan: ¡Allí te sentaré yo hasta que te salga por la boca! Ya te penetraré la persuasion por esa cabeza de perro...

N. (*Tirándose contra el suelo y fuera de sí*).—¡Gracia! ¡Misericordia! El último argumento es irresistible. Yo buscaré dinero, ¡oh gran bajá! para obedecer la orden de la autoridad, aunque tenga que robar y asesinar. Yo prefiero que me entre la persuasion. ¡Gracias! ¡Gracias!

XIL-EF. (*Con mas dignidad y menos temblor*). ¡Sal de aquí, infame, y acuérdate del... ¡para-rayos!

N..., mas muerto que vivo, salia corriendo, y antes de llegar á la puerta se caia dos ó tres veces, gritando: ¡Para-rayos! ¡Para-rayos! ¡Para rayos! mientras que el gran bajá quedaba paseándose satisfecho de los medios de persuasion que habia empleado. Si hemos de decirlo todo, no se quedaba sin sentir en su corazon una especie de gratitud hácia su cadí, favorito que le habia procurado la ocasion de hacer ver una vez mas su reconocido talento. Por eso en el mismo tiempo que N... empleaba en llegar á Zeüg-Ayam, dispuesto á poner su nombre en todas las listas de suscripcion del buen Cadí Foo, marchaba el nombramiento del ex-farolero á algun nuevo empleo. Asi fue como Foo llegó á ser... sucesivamente... y luego todo á la vez:—Cadí-Juez, bajá de una cola, bey del ejército; dey del departamento; recolector de multas; cobrador de deudas; apoderado general de todos los zeüg-ayamitas; embolsador de rentas y subsidios; jefe de escribanos; empresario universal; casi dervich, etc., etc. Algunos quákeros envidiosos

hicieron circular la calumniosa voz de que el cadí era odiado de todo el pueblo; pero eso era lo de menos. En recompensa los zeüg-ayamitas se quedaron esperando mucho tiempo las mejoras que debieran hacerse, y aun las esperan. En cuanto á Foo vivió y vive como un sultan y como no habia vivido antes, limpio, rico, grande, lujoso, considerado, y aunque siempre dicen los quákeros que es algo codicioso y avariento, ya no lleva la cola, y hasta ha antepuesto el nombre de Kal al de Foo. Nadie lo llama sino

*Cadí: Kal-Foo,*

y si alguno quisiera atacarle sobre ese punto, todos le repetiríamos lo que dice tambien el poeta Panza:

«Mas vale no meneallo.»

Esta relacion, cuento ó historia se ha publicado hace poco tiempo en un periódico de Constantinopla. Seguros nosotros de que ni en España ni en sus dominios de Ultramar tendrán imitadores el *cadí* y el *bajá*; seguros de que ni los capitanes generales en la metrópoli y las colonias, ni los gobernadores y corregidores, aquende y allende el mar, se sentirán halagados por el estimulante ejemplo de los turcos, hemos traducido este apólogo moral, que de seguro no tendrán que recordar nuestras autoridades metropolitanas y coloniales: apelamos á ella: ¿hay en España y las Antillas quien se atreva á imitar á Xil-Ef y á Kal-Foo? Y eso que España ha sido la patria de los alcaldes y de las alcaldadas, y aun lo es de los corregidores, al menos en sus dominios; pero (revienten de envidia los turcos) hemos progresado mucho.

X. P. R.

## LA ROSA ENTRE ZARZAS.

NOVELA.

I.

Arturo era un jóven de veinte y seis años. Huérfano, rico, elegante, de una interesante figura, de una educacion brillantísima.

A los diez y ocho años quedó sin padre, y un hermano de éste, antiguo coronel del imperio, encargado de la tutoria.

Arturo perdió muy poco en el cambio, pues en el *buen tio*, como él lo llamaba, encontró un segundo padre.

El mismo dia que entró en su mayor edad, lo llamó el viejo coronel muy de mañana á su habitacion.

«Querido sobrino, le dijo: ayer cumpliste veinte y cuatro años, y á esa edad tienes ya veinte y cuatro mil francos de renta. Es menester que te lances al mundo para que lo conozcas, y puedas ser mañana un buen paure de familia, como lo fue mi hermano. Ya he dado orden á todos mis corresponsales del extranjero, para que pongan á tu disposicion cuanto les pidas y necesites. Nada te ha de escasear.... Marcha, pues, recorre la Europa, el mundo si te place; goza cuanto te sea dable, sin traspasar los límites que te impone tu honor y tu deber; templa la ardiente y devoradora sed de viajes que te acosa, y Dios marche contigo, como marcharán mis bendiciones, sin abandonarte....»

Arturo partió al siguiente dia; recorrió la Europa, gastó, triunfó, gozó de todos los placeres de la vida, de todos los encantos de la sociedad, y al cabo de los dos años escribió al *buen tio* noticiándole su próxima vuelta, despues que pasara unos dias en París, á donde pensaba ir á anudar sus antiguas relaciones, y luego (le decia concluyendo) luego iré á estrechar en mis brazos al objeto mas querido de mi corazon, á mi buen viejo.

Al coronel se le rodó una lágrima, empapada en el perfume del cariño, al leer la carta de Arturo.

II.

Pero el hombre propone y Dios dispone; y hé aqui que pasaron dos meses sin que el *buen viejo* recibiera noticia alguna de su sobrino. En vano fue escribir á cuantos amigos tenia en la moderna Babilonia; en vano fueron cuantas diligencias hizo para saber su paradero.

Le dijeron, sí, al cabo de algun tiempo, que su sobrino Arturo habia dejado á los quince dias de su llegada el hotel que ocupó y..... nada mas....

¿Qué hacer en tal situacion?... Otro que no hubiera sido el antiguo coronel del imperio, lo habria pensado mucho para no hacer nada por último; pero él no, pensar y ejecutar fue simultáneo. En esto se le parecia al grande hombre.

Asi que, tomó el camino de París, y á las cuarenta horas de viaje, estaba ya posesionado de una magnífica y lujosa habitacion del hotel de Castilla, y allí.... allí estableció su cuartel general.

III.

Por espacio de un mes estuvo recorriendo el *buen tio* todo París, sin encontrar el menor rastro que le indicase el paradero de Arturo.

Los Campos Eliseos y el bosque de Bolonia, los bulevares y los teatros, los bailes y los conciertos, los circos, los cafés, y cuantos lugares son frecuentados por la juventud dorada de la capital del mundo civilizado, otros tantos sitios frecuentó el anciano, sin conseguir nada, nada absolutamente.

Una noche se representaba en el Odeon una comedia nueva del célebre poeta Ponsard. No quiso el coronel desperdiciar la ocasion que se le presentaba de continuar en sus investigaciones, al mismo tiempo que de aplaudir al autor dramático mas correcto y moral de la moderna falange dramática de Francia, y fué al Odeon. Una numerosísima concurrencia poblaba las infinitas localidades de aquel teatro, uno de los mas grandes y hermosos de los veinte y tantos que cuenta París.

El buen viejo tendió su vista y su anteojo por aquel mar de humanas cabezas; pero tambien esta vez en vano; la desesperacion comenzaba á apoderarse del corazon del anciano. ¿Y quién no hubiera abandonado una idea tan descabellada cual era la de buscar á un hombre y jóven en una poblacion que cuenta un millon de habitantes, y donde sucede frecuentemente que al cabo de un año de residencia aun no se han llegado á conocer todos los vecinos del hotel ó casa que se habita?... pero ya hemos dicho que el *buen tio* era uno de esos hombres privilegiados por la naturaleza, que no les arredran las dificultades, y á las que vencen al fin con esa fuerza de voluntad que los caracteriza.

IV.

La comedia de Ponsard era una de esas obras del genio, cuyo principal fin ó objeto es el de corregir los inveterados males de que adolece nuestra actual organizacion social, y á los que es necesario combatir con las armas de la moral, de la razon y del ridículo.

Sus escenas espositivas las escuchó el público en medio de un religioso, y elocuente silencio.

Comenzó la escena dramática, y la salida del protagonista, en cuya boca ponia el poeta las palabras de la mas pura filosofia y del mas recto juicio, fue anunciada por un murmullo de admiracion de la concurrencia.

Nunca habia pisado el escenario del Odeon, galan de mas distinguido continente, de maneras mas aristocráticas.

Se presentaba por primera vez sin pretensiones de ninguna especie, sin previo anuncio; y esto, unido á su gallarda figura, á sus finos modales, á su buen decir, le captaron de luego á luego las simpatías de todos.

Asi que, cada una de sus frases era interrumpida por una tormenta de bravos y aplausos, que retumbaban en el salon como el es-



tampido de la flamígera metralla que anuncia al general la victoria de sus huestes.

Las señoras arrojaban sus ramilletes, los hombres agitaban al aire sus sombreros. Jamás actor ninguno había recibido tantas muestras de aprecio y admiración, ni ovación mas completa del público parisiense.

El buen tío saltaba de la butaca con los ojos desencajados, agitada la respiración, sobresaltadas las fibras del sentimiento... «él es, decía con un acento mezclado de cólera y alegría; él es, mi Arturo, sobrino mío.» Pero estas exclamaciones eran apagadas por aquel boreal de aplausos, que de todos los ángulos del salón se desprendían para caer á los pies del novel artista.

Concluida la representación, el coronel pasó rápido como la flecha que deja el arco, al cuarto del aplaudido actor.

No faltó quien se lo mostrara, y cuando abierta la puerta de él iba á arrojarle á los brazos de Arturo, y á saber al fin el misterio de la estraña conducta de su sobrino, se presentó á su vista una nueva escena, que le hizo retroceder y quedarse clavado en el dintel de la puerta como la estatua de un sepulcro.

¿Cuál era la causa de la perplejidad del veterano coronel del imperio?...

## V.

Arturo de rodillas, con la melena erizada, fija la vista, contemplaba ébrio de alegría el retrato de una mujer.

A sus pies se extendía una alfombra de flores, las mismas que acababa de conquistar con su talento privilegiado, sobre la escena teatral.

Mas ¿quién venia á sacarlo de su divino éxtasis?...

Arturo volvió el rostro y se encontró frente á frente con su tío.

Sin abandonar su postura, de rodillas como estaba, tornóse hácia el anciano, á quien tan mal pago había dado en cambio de los devesos que le proporcionó su educación, en época no muy lejana. Su voz iba á articular una palabra de arrepentimiento que se apagó en sus labios; pero era inútil; el antiguo soldado conquistador estaba á su vez conquistado. Bastábale una mirada de su querido Arturo para hacerle olvidar cuantos disgustos empañaran sus claros días. Una lágrima de alegría y amor rodó por su mejilla, y con aquella voz que hablaba al alma:— «Querido Arturo, le dijo, un carruaje nos espera á la puerta, partamos.

Veinte minutos después, el coronel, sentado frente á su sobrino en la magnífica habitación del hotel de Castilla, escuchaba atentamente el relato que éste le hacia de su inesplicable cuanto original conducta.

## VI.

«A los ocho ó diez días de mi llegada á París, fui convidado por uno de mis mejores amigos, á un banquete de artistas. En él, me presentaron á cuantas notabilidades encierra la capital, comí entre los literatos y poetas mas famosos, estreché la mano de Federico Lemaitre; hablé con el anciano Bouffé y oí á Batulle. Entre los concurrentes había también algunas damas. Una, entre todas ellas, llamó muy particularmente mi atención, desde el principio de la comida. Su aire modesto sin pretenderlo, su mirada pudorosa que se escondía bajo la sombra de sus espesas pestañas, su despejada frente á la que servía de corona una negra y rizada cabellera, su boca siempre entreabierta con una sonrisa de benevolencia, sus finas maneras, todo en fin, querido tío, me cautivó en ella.

Preguntéle á mi amigo quién era aquella joven, á lo que me contestó: es Elesina de Taray, actriz del Odeon, de un porvenir brillantísimo, y á quien sus compañeras conocen con el sobrenombre de la Virtuosa, por su ejemplar conducta é irreprochable vida. ¿Quieres que te presente?...—Cuando quieras.—Y fui presentado.

Inútil me parece decirlos, que las dos horas

que pasé á su lado, me parecieron un minuto; que no me cansaba de oirla y admirarla; que su voz llegó á mi alma, y abrió mi corazón al amor, como abre su cáliz la flor para recibir el rocío de la aurora.

Para no cansaros, os diré que la visité algunos días, la declaré mi amor, la hice presente mi estado y mi fortuna, y mi esperanza de llegar á ser su esposo. Ella me oyó con una tristeza mezclada de gratitud, y me dijo que estaba cierta de que no la engañaba, que me agradecía en extremo mi predilección; pero que nunca se uniría con un hombre de mas elevada posición que la suya, y que podría mañana arrepentirse de haber escogido para la compañera de toda su vida á una modesta actriz.

Yo hice todo lo posible por convencerla á que aceptara mi mano; pero en valde; ella rehusó de un modo tal, que no dejaba lugar á la duda. Entonces formé el proyecto, descabellado si quereis, de pisar la escena para igualarme á ella, para verla de continuo, para jurarle cien veces al día, que su amor era mi vida...

A fuerza de estudio y desvelos llegué á conseguir que me admitieran en el Odeon; y he hecho mi primera salida esta noche en el papel que me habeis visto representar, y que me encomendaron á última hora, por haberse indispuerto el actor que debía ejecutarlo.

Ahora ya estoy contento, porque podré ser su esposo.... Este es el motivo de no haberos escrito, he sido un ingrato, lo confieso; pero no sé lo que me sucede; esa mujer me dió á beber en su mirada un veneno de amor, que me ha trastornado, que me ha enloquecido.»

—Bien, sobrino; aunque esa declaración no disminuye tu falta, por ahora pensamos en descansar. Y mañana.... ¡mañana espero que el sol nos alumbrará mas brillante....!

## VII.

Al día siguiente, muy de madrugada, dejó su habitación el coronel. Nosotros no pensamos seguir sus pasos. ¿Quién es el bienaventurado que corre tras un carruaje, tirado por dos lijeros caballos, que levantan las piedras con sus herrados cascos?...

Esta velocidad de los caballos del coronel, fue sin duda la que abocó el desenlace de esta historia, pues pocos días después se celebró en la iglesia de la Magdalena el casamiento del joven Arturo con la bella Elesina de Taray, la virtuosa actriz del Odeon.

Lo que prueba, lo que no nos cansaremos de repetir: que Dios premia la virtud. Y que así como *una mujer corrompida es una carga pesada sobre los hombros de un anciano, una mujer virtuosa es una corona de diamantes sobre la corona de un rey.*

## VIII.

Cuando el viejo coronel del imperio, jugando con sus nietezuelos, recordaba esta aventura; con aquella sonrisa benévola que no se apartaba de sus labios, decía mirando á Elesina; que su sobrino Arturo había tenido la fortuna de coger sin desgarrar sus vestidos, «Una rosa entre zarzas.»

AURELIANO RUIZ.

## VIAJES.

## HUNGRÍA.

Hace veinte años que un escritor húngaro, en un libro que publicó sobre el carácter y las instituciones de su país natal, daba á éste el nombre de *terra incógnita*. Y en efecto, la Hungría esa región poética, esa joya de los Arpad, convertido por un santo á quien el papa concedió el título de soberano apostólico, esa monarquía constitucional que desde principios del siglo XII ha tenido su *Magna charta*, ese circo ilustrado por tan heroicos combates, ha sido por mucho tiempo, sino ignorado, á lo menos poco conocido.

Desposeída como la Irlanda de su antigua independencia, unida al imperio austriaco, como la verde Erin á la corona británica, al perder su cetro, perdió la Hungría su importancia para los que no consideran un país sino en razón al lugar que ocupa en el mapa de la política y de la diplomacia. Así como la Bohemia, ha tenido la Hungría su diadema; ha tratado de potencia á potencia con los soberanos extranjeros; ha hecho la paz y la guerra. Así como la Bohemia forma hoy parte de la gran reunión de posesiones del Austria.

En 1527 entregaba su corona á Fernando I. Por espacio de mas de dos siglos llamó la atención de Europa con sus luchas contra los turcos. Ahora ocupa un punto secundario en el programa de nuestros estudios. Hay geógrafo de Lóndres y París que solo tiene de este hermoso país nociones muy incompletas.

Las estadísticas de Schwartner y de Junyes nos han revelado, sin embargo, la variedad de producciones, las riquezas materiales de la Hungría. Muchos viajeros alemanes, franceses é ingleses, á cuyo frente debemos colocar á Mr. Paget y Mr. Pardoe, nos han descrito algunos de los rasgos mas notables de su fisonomía. Maylath y Mednyansky nos han contado sus antiguas leyendas y hemos oído vibrar la lira de sus poetas desde el galante Kisfaludi hasta el melancólico Kolomann Joth.

Los húngaros que han aspirado á la reconstitución de su país en un reino independiente, tienen en su favor una razón de estadística de bastante importancia. El territorio húngaro es mas estenso que el de dos grandes potencias europeas: la Gran Bretaña y la Prusia; y mas estenso que los de Hannover, Sajonia, Wurtemberg, Portugal, Cerdeña y Toscana reunidos. Cuenta 10.000.000 de habitantes, pero puede mantener mas de otros tantos.

Hállase limitado al Norte y al Este por la cadena de los Carpacios; el Danubio y el Save le separan de los Estados musulmanes; al Oeste confina con la Estiria y la Iliria; al Sudoeste hácia la parte del Adriático, con una ramificación de los Alpes, que desde las alturas del San-Gotardo se prolonga al través del Tirol, la Carintia, la Carnolia y la Croacia.

En el espacio comprendido entre esta ramificación de los Alpes y las cimas gigantescas de los Carpacios, ocupa el suelo de la Hungría una extensión de mas de 6.000 millas cuadradas.

El Danubio, el rey de los rios de Europa, la atraviesa de Norte á Sur; y cuenta además el Theis, navegable como el Danubio; el Drave, de impetuosa corriente, que nace en la Iliria; el Save, que después de diferentes rodeos va á derramarse al pie de las murallas de Semmlin; el March, el Kulp, el Temes, el Maros, y el Wagg, cuyo nombre latino (*Vagus*), indica sus caprichosos movimientos. Por algunos puntos pueden navegar en estos rios barcos. Algunos trabajos hidrográficos bastarían para contener sus desbordamientos y para hacer de ellos, con ayuda del vapor, importantes vías de comunicación. Y hay además una porción de arroyos que vivifican los campos del labrador y los jardines del magnate, viniendo luego á reunirse á la arteria vital de aquel suelo, el caudaloso Danubio.

Situada la Hungría entre los 44° y 50° de latitud, parece que debía disfrutar en toda su extensión de los privilegios de los climas templados. Pero es sabido que la temperatura de un país se modifica considerablemente según ciertos accidentes del terreno; y así es que en el 45° de latitud y á una elevación de 533 pies marca allí el termómetro Reaumur 1° bajo 0; en una elevación de 1.000 pies se retarda la vegetación 10 ó 12 días mas que en la zona inferior. Por efecto de las diferentes leyes físicas admira este país al extranjero con sus contrastes. En la cima del Tatra no se derrite nunca la nieve, y al pie de esta montaña de los Carpacios, vegetan perfectamente los árboles frutales; en el landgraviato de Arva, situado en el mismo paralelo que la Champaña, apenas puede recoger el labrador una cosecha de avena y de patatas; porque sus semillas se hie-



lan casi siempre por un frío súbito, y muchas veces la nieve arranca las espigas de sus surcos antes de empezar á amarillear.

Pero á algunas leguas de distancia es ya el suelo mas propicio y el clima mas templado; y caminando mas allá se encuentra un terreno verdaderamente fértil; ricos campos donde el trigo ondea, donde el maíz ostenta como en Lombardía sus granos de oro y su penacho de plata; alegres laderas donde crecen los sabrosos racimos de que ha de destilar el vino de Tokay, amarillo y puro como los rayos del sol.

Cerca de allí se encuentra las *pontzta*, que son unas estensas llanuras silenciosas como las estepas del Don, donde los pastores pasan meses enteros solos con sus rebaños, como los de las antiguas razas patriarcales, donde el hijo del aldeano húngaro aprende á coger el caballo salvaje, y se lanza sobre su grupa al través de los pastos como el *gaucho* de las pampas.

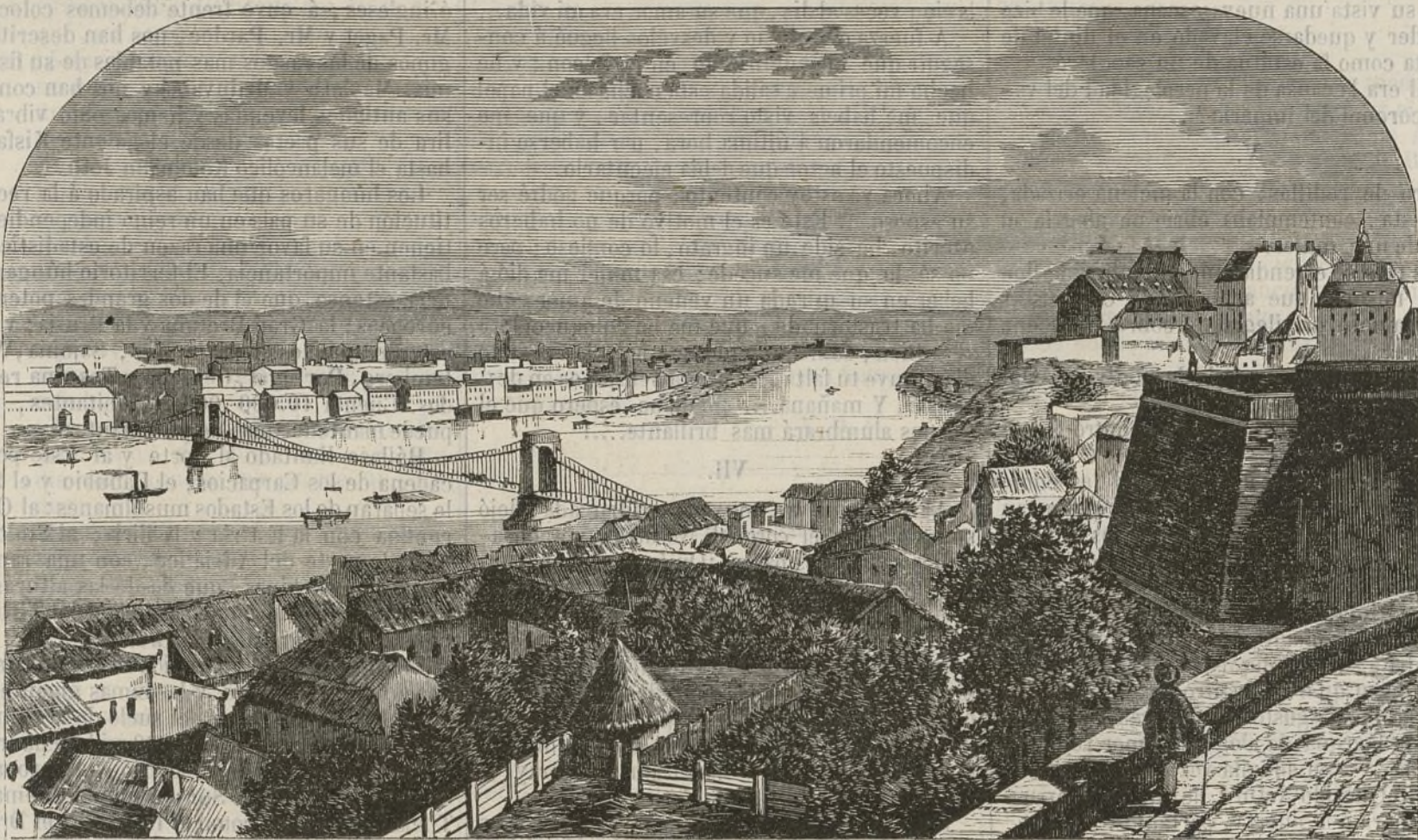
Dejando estos terrenos que dan á la Hungría

numerosos ganados y caballos de ojos de fuego, de humeantes narices y jarretes de hierro como el caballo bíblico de Job, entramos en las zonas fecundadas por el trabajo del labrador y hermosas por la riqueza de los magnates. En las orillas de los rios, en el seno de los valles, en la cresta de las colinas se levantan allí castillos señoriales, unos conservados con esmero de edad en edad, ó contruidos recientemente por un rico propietario, otros destruidos por el tiempo ó arruinados por las guerras civiles. En la estructura de sus torres, en la brecha de sus murallas se encuentran datos memorables, y por sus ruinas cuentan las luchas de los días desastrosos. Algunos se han ilustrado con valientes combates, otros con leyendas de religion ó de amor.

El etnógrafo y el filólogo tienen curiosas cuestiones que estudiar en la variedad de razas que sucesivamente han venido á establecerse en la Hungría, y conserva su tipo distin-

tivo, sus trages nacionales y su culto particular: hállese allí las razas eslavas de diferentes tribus, valaca y griega, alemana industriosa y laboriosa, judía dedicada á toda clase de tráficos; además muchos franceses é italianos, hordas nómadas de gitanos en quienes nada altera ni las costumbres ni la fisonomía, cuyos hábitos vagabundos y carácter medio salvaje se perpetúan en las puertas de las grandes ciudades como un amargo sarcasmo, y en el seno de las obras y progresos de la civilización como una negación impasible.

Sobre todas estas diferentes colonias está la raza dominante de los magyares, otro problema que ningún sabio ha podido todavía resolver. Se sabe que ha venido del Asia, esa cuna de la humanidad, esa verdadera *Vagina gentium*; pero se ignora su verdadero punto de partida. Como un torrente invadió en el siglo IX el suelo de la Hungría, la subyugó y se la apropió; pero la fuente de este torrente,



Hungría.

como la fuente real del Nilo, nadie ha podido descubrirla hasta hoy. La lengua de los magyares, lejos de ayudar al esclarecimiento de esta cuestión de origen, complica sus dificultades, pues no tiene afinidad alguna con los idiomas eslavos ni con los escandinavos, germánicos, griegos ó latinos, y solo tiene algunas analogías vagas con los idiomas fineses.

El historiador tiene tambien un vasto campo que recorrer en los anales de la Hungría, donde aparecen sucesivamente los griegos, los celtas, los marcomanos, los dacios; donde se levanta el edificio regular de la dominación romana, donde brilla de repente el rayo siniestro de la espada de Atila; donde se ven desfilar en medio del torbellino de su impetuosa marcha los hunos, los godos, los eslavos, los gépidos, los avaros; donde mas adelante resplandecen tantos actos de valor, tan nobles combates contra los enemigos de la cristiandad.

La Hungría ha prestado inmensos servicios en los tiempos peligrosos á la Europa occidental. En los siglos XIII y XIV detuvo la invasión de los mogoles y de los tártaros, y después se empuñó con valor en la mas terrible de sus luchas, en la lucha contra los turcos. Por espacio de tres siglos fue el dique contra

las legiones musulmanas, la muralla que protegía á la Alemania y tal vez á la Francia y la Italia.

La Hungría ha sido ocupada en parte por los musulmanes como España por los moros y como ella ha rechazado de sus dominios á estos feroces enemigos de la fe. Pero los moros propagaron en España el gusto de las letras y de las artes y edificaron maravillosos edificios, y los turcos al contrario, asolaron la Hungría y nada construyeron en ella. Tambien en sus diferentes fases de victorias y calamidades ha tenido la Hungría sus héroes como España: su Hunyade, que tantas veces amedrentó á los bajás, que á la edad de 80 años volvió á tomar las armas para acudir al sitio de Belgrado, no es menos digno de ser cantado que el Cid. Pero en la época en que se señalaba sin cesar por su bravura inflexible y sus nobles virtudes, habia pasado ya el tiempo de las poesías caballerescas. Los romanceros han popularizado en el mundo entero el nombre de Rodrigo de Vivar y los húngaros solamente conservan el recuerdo de su campeon.

Las principales ciudades de Hungría se hallan unidas por caminos de hierro ó grandes carreteras y se encuentran en estas fondas de primer orden. La alta sociedad húngara reúne,

á todas las cualidades de la civilización moderna, prácticas tradicionales de hospitalidad que solo se encuentran hoy en las generosas regiones de la Escandinavia y en el seno de la raza eslava en Petersburgo y en Moscu. Es difícil penetrar en el interior de la Hungría; estudiar el estado de sus campos y el carácter de su pueblo; porque para ir de una aldea á otra es preciso que uno se resigné á dejarse zangolotear en un pésimo coche, por caminos escabrosos y hendidos. A la mayor parte de las aldeas es preciso llevar consigo cama y víveres, porque si no hay allí alguna persona de las ciudades que le reciba cordialmente, en la taberna del lugar solo encontrará una triste cocina y un colchon de heno.

A alguna distancia de Viena, no presentan las orillas del Danubio la variedad de sitios que á cada instante se ofrecen á la vista del viajero, pasado Linz; aquí se ve por todas partes una inmensa llanura donde el rio con sus caprichosos brazos forma una porción de islas y de islotes; sobre uno de estos brazos hay unos 40 molinos colocados en dos hileras; y mas lejos médanos que recuerdan con su melancólico aspecto los del mar del Norte.

Pero si de Viena á Presburgo no se encuentran las pintorescas perspectivas que en las



cercanías de Ratisbona de Passau y de Melk, en cambio el historiador puede fijar allí su atención sobre muchos lugares notables por los acontecimientos que en ella se han verificado. Cerca de Viena hay un edificio construido en el mismo sitio donde en 1529 hizo Soliman levantar su espléndida tienda; no muy lejos están los campos de Essling y la isla de Lobau, nombres memorables en los anales de Francia; poco después la aldea de Petronell, fundada sobre las ruinas de Carnutum, antigua ciudad romana, capital de la Pannonia. Todavía existe allí el arco de triunfo levantado por Augusto después de la conquista de esta provincia. El pueblo lo llama la *Puerta Pagana* (*Heidenthor*). También se ven allí las paredes de una capilla edificada, según se dice, en el siglo IV por Constantino el Grande, derri-

bada por los Avars y restablecida después por Carlomagno. En la antigua ciudad de Cornutum escribió Marco Aurelio sus máximas, Septimio Severo y Licinio fueron proclamados emperadores y Diocleciano tomó la resolución de abdicar el poder supremo. A alguna distancia está la roca de Febas con sus imponentes ruinas y sus leyendas, y por último Presburgo, distinguiéndose desde muy lejos su castillo incendiado y asolado, pero en pie todavía, con sus cuatro torres sobre una de las prominencias de granito de los Carpacios.

En Presburgo se reunía en otro tiempo la dieta húngara y se coronaba á los reyes. Está habitada en gran parte por eslovacos y alemanes; pero su situación á las orillas del Danubio es deliciosa; sus vegas son estensas y sus casas enormes; la fonda de los *Tres árboles ver-*

des tiene galerías de un cuarto de legua de larguras. Un camino de hierro que llega al pie de la primera cadena de los Carpacios entra en el patio mismo de la fonda. Hay además en esta ciudad, que después de la toma de Buda por los turcos llegó á ser la capital de Hungría, otros edificios verdaderamente notables, como el palacio de María Teresa, cuyas cuatro fachadas arruinadas, vistas desde una montaña, presentan magnífico aspecto. Este edificio, que habitaba el palatino, fue convertido en cuartel el año de 1802; en 1841 se hallaba ocupado por algunas compañías de soldados italianos. Un día les pareció que la reparación de este antiguo edificio podía ocasionar gastos inútiles al Estado y que sería provechoso destruirle, y habiendo tomado esta resolución, aprovecharon un momento favorable, y le prendieron



La salvación de un buque.

fuego. El incendio estalló en muchos puntos á la vez, y ya no queda del palacio de los antiguos soberanos de Hungría sino las paredes medio calcinadas.

La catedral de la ciudad no es mas que una iglesia de cortas dimensiones, donde se encuentran algunos tunisbach y pilas bautismales de bronce que datan de 1409. En ella se corona á los reyes. La ceremonia de esta coronación, que se celebra según los antiguos ritos, es la siguiente: tres días antes de la solemnidad, dos de los principales magnates, acompañados de dos comisarios regios, llevan de Buda á Presburgo los tesoros de la corona y los depositan en el palacio. A la mañana siguiente viene una diputación de la nobleza, del clero y del pueblo, los toma y los traslada á la sacristía, donde el palatino y los magnates les imprimen sus sellos. Estos tesoros se componen de las insignias que el rey debe llevar el día que ajusta su pacto, y con la corona que el papa Silvestre II envió á San Estéban al darle el título de rey apostólico. Esta corona es de oro adornada de piedras preciosas y de dos broches labrados, según se dice, por los án-

geles. La espada de San Estéban, de que el rey se sirve para armar los nuevos caballeros tocándolos tres veces con ella la espalda; el globo sobre el cual se distinguen todavía las armas de la casa de Anjou; el cetro que tiene la figura de una maza; la capa bordada de oro, cubierta de imágenes de apóstoles, de mártires y semejante á una capa pluvial; un par de medias de color y otro par de antiguas sandalias.

Los húngaros tienen en gran estima estos diferentes objetos, sobre todo la corona, mirándola como el talisman que asegura su prosperidad, como su paladion, y todavía no han perdonado á José II el haberse atrevido á quitarla á la Hungría para trasladarla á Viena. Algunos días antes de su muerte la devolvió, y este acontecimiento causó en Hungría un júbilo universal.

En 1791 declararon los Estados que la corona sería guardada en una caja sellada con cinco sellos y depositada en una cámara de la fortaleza cuyas ventanas se hicieron tapiar. La puerta de esta cámara estaba cerrada con tres cerraduras, cuyas llaves tenían el palatino, el

primado y un señor húngaro; 62 hombres de la ciudadela debían velar noche y día por la seguridad de este tesoro.

(Se continuará.)

## EL BIEN Y LA VIRTUD.

(PÁGINAS DE MI DIARIO.)

Muchas veces me he preguntado; ¿en qué consiste que la virtud, tan admirada por la generalidad de los hombres, cuente con tan escaso número de soldados en sus diezmadadas fillas?

Y si es cierto que hallé la contestación al dirigir mi vista á los mas elevados puestos de la sociedad, al contemplar los grandes alardes de la ostentación y del lujo, y al palpar la escandalosa impunidad del crimen reprobado, no fue sin embargo suficiente, todo cuanto en el mundo vi, para concebir cómo el hombre pospone una vida de tranquilidad y goces íntimos y una dulce muerte, complemento de un proceder honrado, á la enga-



ñosa grandeza que proporciona la fortuna amasada con los ayes de la desgracia, ó el puesto conseguido por medio de la intriga, de la bajeza ó de la adulacion.

El hombre falto de la inteligencia del espíritu, sería semejante al animal; y sino ennoblecemos lo único que de los brutos nos separa, si no damos superioridad alguna á nuestra espiritual inteligencia sobre la brutalidad de la materia ¿por qué extrañamos sufrir las terribles consecuencias de nuestro torcido proceder y anhelamos una dicha que buscamos sin cesar y que tenemos por fortuna en nosotros mismos?

Si viéramos en algun ser irracional, la extraña aberracion de buscar en la agena casa el alimento que tiene en la de su pertenencia ¿no le hallaríamos fuera de la ley natural, de la justa conveniencia y aun ageno, si se quiere, al principio de la propia conservacion?

¿Y en un bruto extrañaríamos lo que no extrañamos en nosotros!

¿Hombres que servís los altos destinos de las naciones, y que tanto luchais por sobreponeros á vuestros semejantes! ¿no habeis envidiado alguna vez, colocados á tal altura, la oscura vida del mas modesto artesano? ¿No echais de menos los tranquilos dias pasados al vivificante calor del hogar doméstico, las noches aquellas de calma en que al despediros con un ósculo de paz de vuestros amantes padres ó de vuestros adorados hijos os retirábais á gozar de las delicias de un sueño sin sombras, que os recompensaba superabundantemente de la fatigosa jornada?

«¡Oh sí!» me respondereis; «la felicidad no existe aquí donde creímos encontrarla: no es esta la dicha que sin cesar anhelábamos: bajo los dorados artesones de estas suntuosas estancias, no se respira aire suficiente para llenar nuestros pulmones; aquí vamos perdiendo insensiblemente, el sentimiento de lo justo y de lo bueno: nosotros mismos pusimos la planta en esta tierra árida; y resbalamos por este abismo sin término que al fin acabará con nuestra vida material, como acabó con los mas nobles instintos de nuestra alma, con las mas dulces emociones de nuestro corazon, con los frutos mas sazonados de nuestra inteligencia.»

¡Oh, sí! Yo estoy persuadido de que me contestarais de esta suerte, como lo estoy igualmente de lo horribles que serán vuestros dias y lo oscuras que serán vuestras noches!

Y como los que marchan por angosta senda no pueden volver sobre sus pasos, sin manifesto peligro, así tampoco á vosotros os es dado retroceder por el ya adelantado camino.

Os queda tan solo el persistente recuerdo de un bien, conocido en otro tiempo, allá en los momentos de emprender vuestra torcida carrera, y la impotencia presente, tan solo comparable á los venideros daños.

¡Justo castigo que á la venalidad ha impuesto la sabia Providencia!

¿Fuera del buen proceder, dónde está lo justo?

¡La justicia es el bien, practicado!

¡La felicidad está en la virtud!

AURELIANO RUIZ.

## LAS MARIPOSAS.

A CONCHA.

I.

Oruga perezosa de los zarzales,  
Ven á llorar conmigo tus negros males:  
Aquí bajo estas tristes marchitas hojas  
Nos contaremos juntas nuestras congojas.  
Ya silba en las aristas con son medroso  
De otoño el astro rudo, tempestuoso.  
Nos va á mandar muy pronto, cerrando el cielo,  
Para agostar las flores, lluvias y hielo,  
A la naturaleza dejarnos plugo

Sin los blandos renuevos de amargo jugo,  
¿Qué será de nosotros si viene el frío?  
¿Morirá entre la nieve tu amor y el mio?  
Oruga: apoderémonos de rama escuálida,  
Fabriquemos la t la de la crisálida.

Hermana: adios.—¿Concluyes ya tu tarea?

—Sí, adios.—que en la otra vida tambien te vea.

—Adios—arrecia el viento, rueda sombrío

Nubarron misterioso.—Ya tengo frío—

Adios—¿Acabas?—Todo mi ser se afana....

Me siento ya sin fuerzas—adios, hermana.

Concha: tambien hay época en la vida

En que oímos rujir el vendabal.

¡Ay, qué será del alma si una egida

No tiene en la terrible tempestad!

Concha: prepara pronto la crisálida

Que guarde tu sencillo corazon;

No venga el frío de la muerte pálida

A hundirte en el abismo del dolor.

II.

—¿Qué largas son las horas del cano invierno!

Aquí solo tenemos silencio eterno.

¿Vivirán mis hermanas? ¿acabarian

De fabricar la cárcel do se metian?

No hay luz: es soporoso nuestro letargo,

Nuestro recelo es triste, pesado y largo;

Pero una sabia y grande ley nos dirige

De aquel que los destinos del mundo rije:

Nos vió tan desvalidas en los rigores

Del aterido invierno, sin miel, ni flores,

Ni savia, ni retoños con que nutrirnos,

Que nos propuso entonces el adherirnos

Al tronco que se mece con tardo arrullo.

Guardando nuestros cuerpos en un capullo.

Y aquí sin luz, ni aromas, ni melodías,

Suñamos con delicias todos los dias.

Solo nos mantenemos con la esperanza

De una vida risueña de bienandanza.

Callando, sostenemos nuestra fe ilesa

Por el santo prestigio de una promesa.

Concha: el Señor en Sinaí sus leyes

Promulgó ante la faz de la creacion:

Los niños, los mendigos y los reyes,

Orugas son ante el poder de Dios.

Concha: la fe se guarda en la crisálida,

Tu crisálida es solo la virtud;

Con la esperanza de estacion mas cálida,

Se soporta el rigor del ataud...

III.

Ya siento vapor leve que se levanta

De la mojada tierra: la nueva planta

Cobra vigor, se estiende llena de vida,

De calor y de jugo, potente, erguida.

Huyendo va la inercia; la vida siento

Que le presta á mis músculos el movimiento.

¿Hermana, vives? ¿vives, hermana mia!

Dejemos ya la cárcel triste y sombría,

Rompamos las cadenas de este capullo,

La primavera entona su dulce arrullo.

¡La luz! ¡ah, ya percibo las nuevas galas,

De la naturaleza! ¡mueve tus alas!

¡Ya te asomaste! ¡vives, hermana mia!

¡Salud, oh mariposa del nuevo dia!

Tambien como yo tienes bellos colores

Ven á gozar conmigo sobre las flores,

Brisas, calor, perfumes, fuentes y rosas,

Aves, arrullo, néctar... ¡oh mariposas,

Venid, que en los amores hay un encanto

Puro, elocuente, tierno, sublime... santo!!

Concha: ¿lo ves? el néctar de las flores,

La luz, el sol, la brisa del jardin,

Los perfumes, las aves, los amores,

La vida rica en galardón feliz.

Concha: no olvides que en el crudo invierno,

Cuando sopla furioso el aquilon,

La oruga por decreto del Eterno,

En impregnable cárcel se encerró.

Yo que en el mundo atravesar te veo  
Llena de vida, juventud y amor,

En mis versos te digo: espero y creo:

Cree tú y espera un porvenir mejor.

Yo sé que en los vaivenes de la vida

Sopla el turbion con hórrido fragor;

Pero Dios tiene para el alma, egida

Que la libra del vicio destructor.

Concha: tal vez la cántiga importuna

De mi laud merezca tu desden;

Mas oye: si contraria la fortuna

Mañana abate tu laureada sien,

Si en tu cielo una nube borrascosa

Viene á nublar tus horas de placer,

Recuerda á la pintada mariposa

Feliz es hoy porque sufriera ayer.

JOSÉ T. DE CUELLAR.

Méjico.

## LA SALVACION DE UN BUQUE.

Aquellas personas que por un capricho de la suerte no han vivido nunca en puerto de mar, no son capaces de comprender lo que se goza y se padece en ellos: en efecto, los que solo han pisado nuestras costas en esa época del año en que todo es bello y agradable, en que la naturaleza rica y floreciente muestra por do quiera su verdor y lozanía, en que las flores esparcen sus purísimos perfumes con que los blandos vientos nos regalan y en que las aves enamoradas cantan entre el follaje esos himnos sublimes por su sencilla y tierna armonía, no pueden formarse una idea de lo que es un puerto en el invierno cuando el sol estival ha secado los prados y marchitado las flores, cuando los fuertes vientos han arrancado las hojas de los árboles y desgajado sus frondosas ramas y cuando, en fin, con los forasteros, han huido á guarecerse las aves de paso tambien como ellos á otros climas dulces y mas benignos.

Magnífico es sin duda contemplar el Océano inmenso en las frescas y perfumadas auroras de la primavera, en las tibias noches del estío ó en las pálidas tardes del otoño; pero cuán soberbio é imponente es admirarle en el helado invierno cuando los crudos vientos le combaten, cuando sus ondas inflamadas rugen soberbias y temibles.

Por mi parte puedo asegurar á mis lectores que la vista de la naturaleza en calma me conmueve; pero cuando la lucha de los elementos altera esa perfecta y plácida armonía, entonces, ¡oh! entonces siento elevarse mi alma, y fuerte y animosa alzo desde el fondo de ella una plegaria ferviente y un tributo de inmensa admiracion al Dios poderoso que ha dado ser á los elementos y dispone de ellos á su antojo.

Pero no es solo la vista de esas sublimes é imponentes trasformaciones la que conmueve nuestras almas y escita todos los sentimientos que en nuestro corazon se agitan. No, vivir en un puerto es pre-enciar á cada hora y á cada instante un drama terrible é interesante porque es verdadero, ó una escena bella, sencilla ó encantadora porque nadie ha preparado su efecto ni previsto su desenlace.

Una de estas últimas ha quedado tan indeleblemente grabada en mi memoria, que me será imposible olvidarla mientras palpita en mi pecho el corazon sensible que al cielo plugo darme, y que tan grata y tiernamente fue por ella impresionado.

Voy, pues, á referirla á mis lectores.

Hallábame en Santander, en esa hermosa reina de las montañas de Cantabria que lamen, ora apacibles, ora embravecidas las olas del Océano y que se alza en medio de ellas como una sultana favorecida de los dioses.

Santander es una ciudad bellísima como capital de provincia, y su clima benigno, sus montañas frondosas y siempre revestidas de verde yerba, sus prados que jamás se agostan y la animacion y la vida de su floreciente comercio, unido á sus elegantes y suntuosos edificios, hacen de ella una de las mas bellas poblaciones que en España de poco tiempo á esta parte se han hermozeado á favor de la



ilustracion y del creciente desarrollo que bajo su amparo han tenido la industria y comercio. Era á principios de marzo: un fuerte temporal habia impedido hacia ya dias la entrada y salida de buques; muchos, pues, estaban fondeados en el puerto esperando el momento oportuno de levar anclas y darse á la mar.

Reinaba un viento tan fuerte que parecia que iba á arrancar las casas de sus cimientos. A eso de las ocho de la mañana el viento calmó y la mar, aunque continuaba rugiente y soberbia, pareció algo mas tranquila: la faena de volver á amarrar los cables, que sujetaban fuertes anillas á las murallas del muelle, viniendo de los buques, empezó de nuevo, gracias al pequeño descanso que el choque de los elementos hasta entonces enfurecidos y temibles sobre toda ponderacion, les ofrecian.

La noticia de que un bergantin que sin duda habia sufrido el temporal en alta mar, estaba á la vista del puerto, cundió con la rapidez del relámpago, y los pescadores ociosos á causa del tiempo y la gente del pueblo mas desocupada, comenzaron á posesionarse de los sitios que por su mayor altura podian ofrecerles mejor punto de vista para presenciar el terrible drama que sin duda iba á tener lugar.

El viento volvió á arreciar: la mar se enfureció mas todavía, y el bergantin náufrago, metido en medio de los rompientes (1) y confundido á veces cuatro ó seis minutos entre aquellas moles de blanca espuma, luchaba con las olas sin adelantar una braza en su camino penoso.

En tanto, las lanchas de los prácticos no podian prestarle auxilio, y el vapor de la draga destinado á la limpia del puerto, no podia salir porque no habia fondos, y era costoso encender su máquina, y continuaban amarrados en el puerto contemplando ansiosos la lucha desesperada de la pequeña embarcacion contra los poderosos elementos enfurecidos.

El espectáculo era terrible; pero era tal el interés que inspiraba al mismo tiempo, que no era posible apartar la vista de aquel lugar.

Yo lo confieso: tambien fui de los curiosos y durante tres ó cuatro horas no me aparté del balcon: armada con mis gemelos de teatro, contemplé con una emocion que me seria difícil describir aquel terrible é imponente espectáculo. Cada vez que la fuerza de las olas altas y amenazadoras como montañas, cada vez que aquellas moles de blanca espuma ocultaban á mi vista los palos del bergantin, un grito doloroso se escapaba de mi pecho y se ahogaba en mi garganta antes de llegar á mis atemorizados labios; pero volvía á verlos por fin, y entonces una lágrima de satisfaccion nublaba mis ojos y volvía á contemplar con avidez. Esta agitacion y esta ansiedad se prolongó por espacio de cuatro horas: los comerciantes que habian dejado ya sus escritorios, paseaban por el muelle y hablaban con calor del suceso que á todos preocupaba; pero al fin se retiraron á sus casas embargados con el pesar de no hallar medio para salvar al buque náufrago.

Pasó otra hora mas, y el buque continuaba en el mismo sitio y cada vez mas en peligro de naufragar.

De pronto se notó alguna animacion en el muelle, la chimenea del vapor de la draga comenzó á arrojar espeso humo, y un grito de júbilo se escapó de los labios de todo aquel pueblo contristado. Un comerciante que no nombramos por temor de herir su modestia, acababa de ofrecer generosamente la fuerte suma que era precisa para encender la máquina del vapor, sin cuyo auxilio las lanchas no podian salir á dárselo al buque náufrago.

Las lanchas de los prácticos se desamarraron con presteza, y gran número de marineros del puerto y de las tripulaciones de los buques surtos en él, saltaron á ellas valientes y audaces, resueltos á perecer por salvar á sus compañeros.

El interés de los espectadores subió de punto y siguió con el pecho palpitante de ansiedad, de temor y de esperanza, á los intrépidos marinos, que tan noblemente arrostraban la muerte para socorrer á sus hermanos.

Las mujeres, las madres y las hijas de los intrépidos marineros que así se lanzaban á la muerte, poblaban el aire con sus gritos de dolor, y los lamentos que la vista del peligro arrancaba á su corazon amante. Pero esto no les arredró, y las lanchas remolcadas por el vapor se lanzaron por fin en medio de aquel mar enfurecido.

La concurrencia de los curiosos que acudían al muelle llenos de ansiedad, crecia á cada instante, y aquel grupo inmenso formado por innumerables personas de todas edades, clases y condiciones, embargado por un solo pensamiento, agitado por una misma ansiedad, no tenia mas que unos ojos para ver y un solo corazon para sentir.

Cada vez que las temibles olas ocultaban á la vista algunas de las pequeñas lanchas que remolcaba con trabajo el vapor, todos los rostros palidecian, todos los ojos se nublaban con sentidas lágrimas y todos los labios exhalaban un acento desgarrador.

En tanto el buque náufrago, impelido por el violento balanceo de aquel mar cada momento mas enfurecido, tocaba con la punta de sus palos las furiosas olas y hacia temer que el sacrificio de los del puerto fuera inútil.

Las lanchas se aproximaron por fin á corta distancia de él, y todo lo mas posible; pero aun esto no era bastante y entonces fue cuando empezó el verdadero drama; el desenlace de aquel interesante episodio de abnegacion y de sacrificio tocaba á su fin.

Los cables largados con denuedo por vigorosos marinos no lograban jamás ser apresados por el buque náufrago que las olas apartaban á cada instante de sus generosos salvadores, jugando con él como con una débil tabla.

Los marineros de las lanchas remaban desesperadamente para romper aquellas enormes masas de agua que amenazaban confundirlas.

Los del bergantin, atados al palo de proa y montados sobre las astillas del botalon que las olas habian despedazado, hacian los mayores esfuerzos para recoger algunos de los cables que se les orrojaban; pero todo en vano.

Hubo un momento en que todos le creimos salvado, y un grito de júbilo resonó entre la multitud. Pero pronto el terror se pintó de nuevo en todos los semblantes, todos los rostros palidecieron, y todas las voces se ahogaron, dando lugar á un silencio imponente y aterrador.

Las lanchas se alejaron en distintas direcciones, el mismo vapor viró abandonando el socorro del buque, y pareció que un peligro mayor reclamaba sus auxilios; en efecto, algunos marineros del puerto habian caído al mar al querer arrojar los cables de salvamento.

Un grito de dolor que paralizó los latidos de todos los corazones é hizo asomar las lágrimas á nuestros ojos, fue la confirmacion de tan triste presentimiento.

Pero esto que se creyó una desgracia, fue la feliz terminacion de aquel suceso. El pronto auxilio que se les prestó salvó sus vidas, y uno de aquellos marineros, gran nadador, aprovechándose de esta circunstancia, asió con la boca las puntas de un cable y lleva la seguridad al buque náufrago que algunos momentos despues entraba remolcado por el vapor, y sin haber perdido un solo hombre, en el puerto.

Es imposible describir con vivos colores la escena tierna y conmovedora que se ofreció entonces á nuestra vista. Los abrazos, las felicitaciones, la satisfaccion, en fin, mas perfecta y mas cumplida...

La madre estrechaba á su hijo con placer; la esposa corria á los brazos de su esposo; el indiferente oprimia enternecido la mano de un extraño á quien debia la vida, y el llanto del agradecimiento y la satisfaccion bañaba las

tostadas mejillas de los intrépidos marinos.

Renunciamos, aunque con dolor, á la descripción de tan bello cuadro, y esperamos que nuestros lectores nos dispensarán y sabrán suplir con su inteligencia el vacío que á pesar nuestro no nos es dado llenar, porque hay cosas que se sienten, pero que no se espresan

FRANCISCA C. DEL RIEGO PICA.

## MARTIRIO.

(TRADICION TOLEDANA.)

### I.

Dos jóvenes, el uno de diez y ocho años y de quince el otro, marchaban juntos por una estensa pradera.

El mayor llamado Pedro, llevaba pendiente del hombro su fusil, y Andrés ostentaba en sus manos una canastilla de flores silvestres.

—Qué contenta va á ponerse madre, cuando vea la abundante caza que la llevas, decia Andrés.

—¿Y cuán contenta no se pondrá nuestra hermana Martirio, cuando la des esas preciosas flores?

—¡Oh! las agradecerá mucho.

—¡Pobre niña! ¡siempre tan triste!...

—De todo tiene la culpa Alfredo; si él no la hubiera abandonado, mas dichosamente se deslizaria su existencia.

—¡Y nunca le podrá olvidar! ¡Le quiere tanto!

—¡Nunca! ¡nunca! ¿Y él dónde estará?

—¡Quién sabe! tenia demasiado orgullo para rebajarse á hablar con una pobre aldeana y habrá ido á buscar en las ciudades, señoras dignas de él.

—¡Miserable!

Así seguian hablando, cuando se encontraron cerca de una modesta vivienda que formaba parte de una pequeña aldea.

—Nuestra madre nos aguarda, gritó Andrés corriendo hácia ella.

—Y Martirio sale á nuestro encuentro, añadió Pedro acelerando el paso.

Pocos momentos despues, los dos jóvenes se hallaban en los brazos de su anciana madre y de su hermana Martirio.

### II.

Dos meses han pasado despues de la escena que acabamos de relatar.

Martirio, la bella aldeana de ojos garzos, dirigíase con lento paso hácia una sonora fuente-cilla, escondida en un bosque de olorosas acacias, que la prestaban apacible sombra. Allí habia oido la desgraciada niña las primeras promesas de amor que le hiciera un hombre, y allí iba todas las mañanas á recordar aquellas promesas y á llorar sus perdidas ilusiones.

Sentóse sobre la yerba y mirando tristemente al cielo que se mostraba diáfano y puro, lanzó un doloroso suspiro y exclamó con voz apenas perceptible:

—¡Señor, compadeceos de mí! un año va á cumplirse ya que no le veo, y mi amor crece cada vez mas y no le pue lo olvidar; haced que le vuelva á ver, que oiga de su boca palabras de ternura y que tornen para mí aquellos dias de paz y de ventura en que gocé tanto.

Al pronunciar las últimas palabras, la pobre niña cerró tristemente los ojos, de los que brotaron algunas lágrimas é inclinó la cabeza sobre su seno que se agitaba con violencia.

### III.

Así permaneció algun tiempo.

De pronto se levanta ligera como una pluma y mira á todos lados con ansiedad.

Le habia parecido oír el galope de un caballo.

Y no se equivocaba. No tardó en aparecer por entre el espeso ramaje un caballero que montando un ligero corcel se dirigia hácia la fuente.

Martirio, cuando pudo distinguir sus facciones, lanzó un grito de sorpresa y cayó desmayada sobre la verde alfombra.

(1) Punto muy peligroso antes de la barra.





VISTAS DE ESPAÑA.—El Ferrol.

El ginete llegó á su lado; bajó de un salto á tierra y se lanzó á socorrer á la jóven.

Poco despues abrió ésta los ojos y reconoció en el caballero á Alfredo.

—Martirio, decía éste, ¿me amas aun?

—¿Y tú? preguntó la jóven con una espresion de profunda tristeza, ¿y tú? ¿no me has olvidado?

—¿Yo olvidarte? ¡Oh! nunca, ¡alma mia! Aquí en este mismo lugar te juré amor eterno, y hoy vuelvo á cumplirte mi promesa.

—¡Soy feliz, Alfredo!

—Yo tambien siento en este instante un placer desconocido que me embriaga, que me aturde. Corre Martirio, participa á tu madre mi llegada y yo seguiré tus pasos.

—¡Oh! voy ¡volando!

Y sin despedirse de su amante, la niña corria lanzando alegres gritos en direccion de su casa.

## IV.

Andrés que cazaba en la pradera, oyó los gritos de su hermana y corrió hácia la fuente. Allí encontró á Alfredo que se disponia á montar á caballo.

—¡Miserable! exclamó al verle.

Alfredo reconoció en el jóven al hermano de su amada.

—¡Hermano! dijo.

—¡No haya hermandad, imfame! vociferó Andrés, tú la abandonaste cuando ella tanto te amaba, y vuelves hoy, tal vez para deshonorarla y con ella deshonorar á su anciana madre y á sus desgraciados hermanos; ¡oh! yo juro á Dios que no has de conseguir tu intento; prepárate á luchar conmigo, que el hermano ofendido quiere vengar á la desgraciada Martirio.

Y al pronunciar estas palabras, Andrés tiró con fuerza de su largo cuchillo de monte y se dirigió resueltamente al jóven.

—¡Andrés! gritó pálido de temor Alfredo, ¿qué vas á hacer?

Andrés no oyó las palabras del amante de su hermana, ni éste pudo parar el golpe que aquel le asestara con su cuchillo en la mitad del pecho. Solo pudo lanzar un ¡ay! de agonía, de dolor, de desesperacion.

El matador sin cuidarse de su víctima, y manchado aun con su sangre, corrió desolado á su casa y al ver á su hermana...

—¡Ya estás vengada! dijo, y se alejó de aquel sitio.

## V.

Martirio creyó comprender el misterio que encerraban las palabras de su hermano, y se dirigió con rapidez hácia la fuente.

Un grito de amargura salió de su pecho al reconocer el cadáver de su amado, y una carcajada histérica, sarcástica, siguió á aquel grito de dolor.

La jóven, cuya razon desde la marcha de su amante no estaba muy natural, acabó de trastornarse por completo.

¡La fuerza de dolor la habia enloquecido!

Los aldeanos cuando cuentan esta tradicion á sus hijos y á los viajeros que recorren aquel histórico pais, añaden que Andrés no apareció jamás en su casa, ni nadie supo lo que habia sido de él.

Todavía cuentan que cuando las aves comienzan á retirarse á sus nidos, y la luna grave y magestuosa se levanta entre la niebla que rodea las montañas, se oye en la fuente el rumor de palabras entrecortadas y luego un grito de angustia seguido de una satánica carcajada.

M. SECO Y SHELLEY.

## SACRIFICIO.

La cabeza en tu hombro,  
en tus ojos los míos,

entreabiertos los labios,  
difícil el respiro,  
la sangre acelerada,  
ofuscado el sentido,  
estoy, mi Luz, las veces  
que á tu lado me miro;  
y las iguales horas  
tan desiguales mido,  
que ó son raudos instantes  
ó son eternos siglos.

Turbada tú me miras,  
ahogando tus suspiros,  
y alguno silencioso  
se escapa reprimido.

¡Al par los dos gozamos,  
al par los dos sufrimos,  
sublime es nuestro goce  
cruel nuestro martirio:  
y al fin de tanta lucha  
rompiendo tú el hechizo,  
huyes... y allá en el cielo  
se escribe el sacrificio!

L. G. DE MURCIA.

## UN DENTISTA.

(DEL PORTUGUÉS).

Me llamo Monsieur de Tal,  
Químico en París formado,  
Tengo un secreto especial,  
Un elixir aprobado  
Y un remedio universal.  
No busco el oro infecundo,  
Voy solo de gloria en pos;  
Y con afecto profundo,  
Saco por amor de Dios  
Las muelas á todo el mundo.

Por todo lo no firmado J. GASPAS.

Editor responsable: Fernando Gaspar.

**ADVERTENCIA.** Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicacion.

**PUNTOS DE SUSCRICION.** MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Duran, Carrera de San Geronimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 63, y en la Publicidad, pasaje de Matheu. En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.